

Magician Talidor Luminus

Volumen 2

La caída de Raistlin



Por Antonio J. Fernández Del Campo

Título original: El último nigromante

1ª edición: mayo de 1992

2ª edición: mayo de 1999

3ª edición: octubre de 2012 Ed. Bubok

4ª edición: septiembre 2018

© 2018 por Antonio J. Fernández

*A mi mujer y mis hijos,
A los fans de Dragonlance,
A Margaret Weiss y Tracy Hickman por crear tan fantástica saga.
Espero que me algún día acepten esta obra apócrifa
de su mundo más brillante.*

*Cruel destino fue el de la diosa Takhisis,
una deidad que por años reinó sola,
engreída y confiada dominó el mundo.
No sabía que sus hermanos resolverían la crisis,
tantos siglos luchando por la supremacía,
acabaron en un destino harto infecundo.
La corte de los dioses regresó de su destierro,
atraparon a la diosa única, la diosa de la magia.
Buscaron la manera de castigarla
únicamente encontraron una,
sería inútil tratar de azotarla o torturarla,
querían destruirla.
Un dios se opuso al decreto.
El Señor Paladine
diole una segunda oportunidad
aunque ella nunca dejó de mostrar por él agresividad.
Decidieron los dioses destruir a Takhisis;
en el acto se firmó la sentencia en las estrellas.
Para el mundo solo fue una estrella fugaz,
ocaso de una estrella fulgurante,
dioses y humanos la recordaron como la amante
entregada a los brazos de su salvador Paladine
recordado por todos como el Magician Talidor Luminus.
Ya que él recogió la estrella y la salvó, cayendo con ella.
Sí, el amor es entrega,
una diosa a la que le arrebataron el poder
podrá volver
reinando sobre los demas dioses
escapando de sus injurias
maldiciendo sus destinos,
acabando con todos ellos por su traición
cuando ella estaba sola y desprevenida;
íntegramente los destruirá;
al lado de Paladine.*

Raistlin Majere

Prólogo

Tanis dejó atrás a Flodin debido a sus largas piernas y a su atlético cuerpo, a pesar de ser tan viejo. El kender soltó un grito de pánico por la posibilidad de quedar sepultado en la torre. Su repentino grito de desesperación también era por haber sido adelantado por el anciano. Con tan escasa luz tenía que bajar tanteando escalón a escalón, pero aquel maldito semielfo, con eso de que veía muy bien en la oscuridad, bajaba de tres en tres los escalones.

—¡Corre Flodin! o tus días de ratero se acabaran aquí mismo —aconsejó Tanis mientras aun estaba cerca del kender. En cuanto acabó el consejo sus piernas parecieron volar sobre el suelo, ya que aceleró la bajada y Flodin le perdió de vista en un abrir y cerrar de ojos.

—¡No me dejes solo! —chilló el kender. Azuzado por el pánico empezó a saltar de dos en dos los escalones. Pero su pie derecho pisó sobre vacío y su talón resbaló sobre la esquina traicionera del escalón. Rodó por las escaleras, dando tumbos, rozándose con la pared de la torre, hasta el siguiente pasillo

circular. Esto le animó ya que vio de nuevo al semielfo; aunque no por mucho tiempo (el condenado parecía tener alas en los pies).

«Quizás si me hubiera quedado, algún mago me habría sacado» pensó el kender. «¡Bah!, Los humanos nunca me han hecho caso. ¿Porque iban a hacerlo ahora?».

Se volvió a levantar, dolorido, y volvió a emprender la bajada. La torre había dejado de temblar, lo cual le dio un respiro. Quizás habían cambiado de idea y no iban a destruir la torre. Pensó en lo divertido que sería volver a abrir una de esas salas secretas. Eso sí, cuando viera un señor de ojos rojos tendría que salir pitando. Esos, eran unas bestias.

Se le pasó por la cabeza abrir alguna de las salas del pasillo en el que estaba. Si tenía suerte podía encontrar algún anillo mágico o incluso rubíes del tamaño de manzanas. Pensó que si él fuera mago se dedicaría a fabricar centenares de rubíes de tamaños nunca vistos...

El suelo volvía a temblar. Esta vez escuchó trozos de rocas cayendo de las paredes.

Puso la mano derecha sobre la pared para obtener cierta estabilidad, pero lo único que logró fue revolverse el estómago. Tuvo la impresión de estar metido en un enorme castillo de arena que estaba a punto de sepultarle vivo.

Sus piernas, por acto reflejo y sin recibir orden alguna de su cerebro, le empujaron hacia las escaleras y tuvo que refrenar un impulso de dejarse caer ya que rodando avanzaba mucho más rápido. Sin embargo el riesgo de morir por los golpes de los escalones era demasiado grande.

La escalera se acabó súbitamente y tropezó al no esperarlo, dándose con la cabeza en la esquina de la entrada a un nuevo pasillo.

No perdió el conocimiento, aunque su cansancio era tal que solo tenía una idea en la cabeza: "salir o morir". Se levantó a duras penas y continuó.

De pronto volvió a temblar la torre, pero esta vez más fuere. Si aún no se había derrumbado era por el enorme poder que la sostenía. Pero Flodin sospechaba que de continuar esos temblores, ningún hechizo, por poderoso que fuera, sostendría semejante peso en mármol negro. De nuevo pisó mal, esta vez por un temblor violentísimo y rodó de nuevo por el último tramo de escaleras, y en uno de los escalones se golpeó en la cabeza.

La caída por las escaleras continuó, perdido ya el sentido. Era el tramo más largo, pero también era el que más rápido estaba bajando. Cuando llegó al pasillo más bajo, Tanis se vio golpeado por el cuerpo del kender y a punto estuvo de caer.

—Flodin, ten cuidado —regañó el semielfo sin mirar atrás—. Flodin, ¿Estás bien?

Al ver que no se movía soltó un reniego y le cogió con gran esfuerzo mientras la torre empezaba a inclinarse. Corrió cuanto pudo y salió de la torre, cruzando el antiguo umbral justo antes sentir bajo sus pies el violento choque de tremendas piedras, incrustándose en el suelo.

Apenas le quedaba aire en los pulmones y las piernas se movían por acto reflejo. Esquivó árboles cerrando los ojos por cada impacto, por cada pisada, por cada latido de su corazón. Parecía que una montaña caía tras sus talones y que tarde o temprano uno de sus peñascos le aplastaría como a una cucaracha. Odió al kender que llevaba en sus brazos, creyéndole responsable de su inminente muerte.

Los escombros cayeron al lado opuesto de donde había salido Tanis, aunque algunas piedras pequeñas, del tamaño de una cabaña habían caído delante de él haciéndole sentir el corazón en la garganta. La sangre se acumuló en sus sienes de tal forma que creyó que la cabeza le iba a estallar. Por un momento se detuvo, creyendo que no tenía salida, que una de esas incontables moles que llovía a su alrededor terminaría reduciendo sus huesos y los del kender en papilla.

Un gran bloque de mármol cayó a sus pies. Se llevó tal susto que decidió que al menos si corría tendría alguna esperanza más de sobrevivir. Otro peñasco, más alto que un caballo, trituró una encina que tenía a tres metros de distancia. Una nube de polvo comenzó a rodearle y pronto no pudo ni respirar ni correr. Sus pies se tropezaban por no ver el suelo que pisaba.

Una piedra más cayó rozando sus talones, arañando toda su espalda. Creyó que se le había abierto el costado y que no le quedaría ni una costilla sana, pero otro último, le rozó la oreja derecha, a velocidad de vértigo. Mientras tuviera fuerzas debía luchar por salir de allí.

Todo a su alrededor fue una espesa nube de polvo y lluvia de pedruscos. Solo uno le alcanzó provocándole una herida seria. Un impacto en el hombro derecho rompió la clavícula, y le provocó una terrible conmoción y un dolor insoportable.

Tuvo que soltar al inconsciente kender y posteriormente una lluvia de grava cayó sobre sus cabezas. La grava tenía unos bloques más grandes que otros, que dejaron inconsciente al semielfo cuando el dolor de su hombro era prácticamente insoportable.

Ambos quedaron sepultados por el polvo y por las ramas de algunos árboles que habían sufrido incluso más que los recién salidos de la torre.



Una esfera luminosa amarillenta apareció de improviso cerca de un gran olmo. Su radio quemó parte de la corteza, aunque no lo suficiente como para perder el equilibrio del peso de sus ramas. La luz de la esfera consumió la corteza como el fuego de un volcán,

pero cuando perdió luminosidad no quedó algo sólido sino un hueco que traía el cuerpo ensangrentado de un hombre.

Otras esferas aparecieron a bastante distancia de los escombros. En una de estas apareció una figura recia, con armadura y túnica de color rojo por dentro de la misma, que cayó de rodillas, sin fuerzas. En la otra apareció otra figura de menor tamaño vestida de negro.

Ambos magos tardaron un rato en reaccionar, pero el que antes se levantó fue el ataviado de rojo, el elfo que llevaba la armadura.

—Dalamar, ¿Estás bien?—preguntó al ver que al viejo elfo le costaba reaccionar.

El aludido no reaccionó, parecía inconsciente o quizás muerto; aunque Welldrom no llegó a pensar en eso último al ver el movimiento irregular de sus pulmones. El Mago élfico cogió de los hombros al anciano nigromante y le dio unas tortas para que reaccionara. Éste volvió en sí y empezó a toser. Tenía la mirada perdida.

—Welldrom —dijo Dalamar con una voz débil—. No hemos podido evitar la catástrofe.

—Sí, Dalamar, podía haber sido peor —tranquilizó Welldrom—. Pensé que nos destruiría, y sin embargo no lo hizo. No lo comprendo, si yo hubiera estado en su lugar no habría dejado vivo a nadie que pudiera interferir en mis proyectos.

Dalamar parecía recuperarse por segundos, y se levantó pesadamente. Miró en la dirección en la que antes estaba la torre, y se lamentó.

—Esa era mi casa. Mi único hogar. Ahí estaba el portal del Abismo, pensé que esa torre duraría más que el mundo, que no podría derrumbarse nunca.

—Hay que buscar a Sara, Cabise y Mikosfield —propuso Welldrom después de un largo escrutinio alrededor.

Dalamar no dijo nada, solo cerró los ojos y trató de buscarlos con sus facultades extraordinarias. Entre tantas ruinas y polvo podían pasar años para encontrar a alguien inconsciente o muerto.



El tercer personaje tenía la cara manchada de sangre y no se movía. Cuando la luminosa esfera desapareció, el mago quedó echado en el centro del círculo quemado del suelo.

Mik intentó levantarse, pero el dolor de su espalda era muy agudo, ya que parecía que no podía respirar y sentía como si tuviera una gran piedra clavada en los riñones.

Su vista estaba enturbiada por el dolor, y apenas veía nada, a pesar de que el polvo ya no era tan espeso.

Volvió a intentar levantarse cuando una mano le ayudó por el costado que tenía bien. Mik se levantó antes de saber quien le ayudaba, y tambaleante se dio la vuelta esperando ver a Sara.

—¿Estás bien? —preguntó Welldrom—. No debiste esperar tanto a salir del laboratorio.

Mik miró a su alrededor, con la esperanza de ver a Sara por algún sitio, pero al único que vio fue a Dalamar.

—¿Desde cuando te preocupas por mi salud? —preguntó Mik con desagrado, soltándose como si le tocara un leproso.

—Esa herida parece grave —volvió a decir Welldrom.

—No te emociones, sobreviviré.

Welldrom no hizo caso a las acusaciones veladas de Mik; sabía que iba a adoptar esa actitud cuando supiera lo que había hecho. No tenía el menor motivo para confiar en él. Tampoco estaba dispuesto a dárselo. En aquel momento tenían que unir sus fuerzas y ninguno de los dos iba a ponerse violento con el otro.

